

singularidad irreductible de cada vida dañada pero donde los malestares se cosían unos con otros a base de imperdibles. Fuera del punk, sólo había laborismo anestésico o agresividad derechista.

No sé, a mi me recuerda a algo.

**No disfruto. Comentario a  
Psicopatología de la nada,  
por María Ángeles Gil Bonmatí, abogada**

Quizás sea esa palabra –NADA– la clave de todo el asunto.

Parece que después del suceso de la verbena, de la mentira de la prima, de la injusta consideración de ladrona y embustera, han transcurrido ¿cuántos...15, 20 años? sin que a la protagonista le haya pasado exactamente eso: NADA.

Es decir: en todos esos años pudo haber habido un día en el que toda decidida se dirigiera a casa de sus tíos, cogiera a su prima de los pelos y le gritara “ladrona, mentirosa, no quiero volver a verte en mi vida”. O bien, se plantara delante de sus tíos toda decidida y lesa dijera “¿sabéis? la ladrona y mentirosa es vuestra hija ¡podéis creerme o no, pero eso es lo que tenéis en casa!

También pudo dirigirse a esos cariñosos padres que tan bien han cuidado de ella en todos esos años y reivindicar una rehabilitación personal y por ende una condena de la malvada prima.

Pero, NO, no pasó nada de eso.

La vida siguió su curso, y la rehabilitación no llegó, la venganza no tuvo lugar, y la injusticia nunca fue reparada.

La espera para el triunfo de los justos es demasiado larga y pesada, dura de soportar.

¿Qué se hizo de las hadas madrinas de las cenicientas? ¿Dónde están los vengadores justicieros o los príncipes azules que saben ver a través de las mentiras?

Realmente, a la triste y llorosa joven eso es lo que le ocurrió: NADA

**Mobbing. Comentario a Mobbing  
por María José Gil Bonmatí, filóloga**

Por tener ideas propias. Se me ha puesto por delante esa frase, como si una luz de neón la hubiera hecho pasar al primer plano del texto y de la realidad. Pero los neones están pensados para eso y aquí, sin embargo... Me temo que yo tampoco estoy segura. Segura de que eso sea lo importante aquí, de lo que conviene o interesa hablar.

Y, sin embargo, es la manera en la que leemos habitualmente, no solo los textos, también las situaciones o a las personas y, en definitiva, el mundo que nos rodea. Ya lo dijo William James, que percibimos la realidad en función de nuestro interés, aunque, en realidad, fuera su hermano, el escritor, quien diera carta de naturaleza peligrosa a esa simple afirmación, al convertirla en el argumento narrativo de muchos de nuestros conflictos.

Precisamente por eso, se me ha quedado también en el oído ese ‘no estoy segura’ dicho así como en voz baja –o así lo imagino yo– y repetido dos veces en el texto, que, sin quererlo, como si, en realidad se le hubiera escapado y no esperara ser escuchado, ha conseguido transmitirme un desasosiego lleno de honestidad. El desasosiego de quien busca entender y le faltan datos, por un lado, y la honestidad de quien conoce los riesgos de la propia mirada, más cuando en ella se apoyan la confianza, la necesidad o, en el peor de los casos, incluso el vergonzoso disimulo de otro.

Sin embargo, seguramente porque yo no tengo a Miguel delante, no tengo que medirme con él, ni contra él, pero también porque creo que esa lectura ‘interesada’ es –al menos fuera del contexto terapéutico– tan inevitable como necesaria puesto que, a fin de cuentas, solo sabemos hablar de lo que nos importa, no renuncio a indagar en ese luminoso que mientras hablaba ha seguido ahí.

Por tener ideas propias dice Miguel que empezó todo. Y yo no dejo de preguntarme a qué se refiere. Aunque la frase, lo reconozco, me suena convincente al transmitir la sensación de dignidad humillada y asombrada incompreensión. Por pensar, como si pensar fuera delito, parece decirnos. O quizás no, no es eso lo que dice y lo que ocurre es que yo no necesito ser convencida. Sea como sea, creo que la queja de Miguel abre la puerta a un territorio en el que crece, junto a otras semillas de venenosa rentabilidad, el malestar del mundo laboral de hoy.

A pesar de que sé que me faltan datos en la historia de Miguel, qué tipo de trabajo desempeña, o cuántos años tiene, por ejemplo. Porque Miguel no parece un joven al comienzo de su vida laboral; no está por tanto obligado a hacerse ilusiones en la confianza de que las 'ideas propias' vayan a llevarlo a alguna parte, me digo. A estas alturas –no sé por qué intuyo que lleva encima años de trabajo– ya debería de saber que a la mayor parte de nosotros –Miguel no parece pertenecer a ese selecto grupo laboral de los creativos publicitarios o similar– no nos pagan por pensar, que pensar no es un valor en el mercado laboral actual, que, en realidad, lo que vale es asumir cuanto antes y con la mayor devoción –o apariencia de– posible que las ideas pertenecen a –y las pagan otros. Es más, si uno llega a ser un virtuoso en la tarea –algo cada vez más necesario para conservar el puesto– conviene ser capaz incluso del disimulo suficiente para que cualquier idea que, en un momento de debilidad, tengas la tentación de sugerirle a cualquiera de la escala, milimétricamente jerarquizada, de jefes, subjefes o aspirantes a serlo, pueda ser considerada por ellos como propia.

Puede que Miguel sea un ingenuo, ese niño asustado que parece en algún momento, y que ahora –con la ansiedad a cuestras de saber y no saber qué hacer con ello– esté empezando a dejar de serlo. Puede también –me consta– que

haya llegado a ser uno de esos virtuosos del disimulo y que esté aprovechando su habilidad para tener, como dice una novela de Julián Rodríguez, unas vacaciones pagadas en la miseria de los demás. Y entiendo entonces esa afirmación al borde del desencanto de la psiquiatra, ¡vaya oficio!, como la de alguien que seguramente también soñaba con mayor capacidad de tener ideas propias para los conflictos ajenos en su vida laboral.

### **Verónica, comentario a las demandas, por Javier González, escritor**

La chica permanece echada en la camilla, ahora está más relajada, como si el calmante le hubiera comenzado a hacer efecto. Ya no mueve el pie derecho continuamente ni cambia de postura cada pocos segundos. Se ha quedado sola en el pequeño cuarto y todavía parece reconfortada por las palabras de Manuel, el médico. Cuando se incorpora nota en un primer momento cierta inestabilidad y se agarra con fuerza con las dos manos al borde de la camilla. Ha estado a punto de gritar pero le han faltado las fuerzas. Se siente un poco débil, como si llevara varios días sin comer. El nudo del estómago ha desaparecido pero lo ha reemplazado un cierto vacío que la turba, al que debe acostumbrarse poco a poco, como ya le ha pasado otras veces. En una silla está su bolso. Un bolso grande, de los que se llevan en bandolera. Pone los pies en el suelo y permanece quieta hasta que se siente más segura, luego coge el bolso y lo pone sobre la camilla. Lo abre y busca algo en él. Va colocando sus pertenencias, dispersas, sobre el cuero negro y frío: un pañuelo estampado en tonos verdes, un monedero marrón, un paraguas plegable, un juego de llaves, un frasco de perfume, una botellita de plástico con un poco de líquido, un libro, pero en ese momento se detiene. En una esquina hay un pequeño